ginadas, formaron parte de las reuniones que, a su vez, llamaron la atención sobre la inmensa fuerza de la poesía en el entendimiento de los orígenes, de la primitiva y no contaminada concepción del mundo.

Wislawa Szymborska, María Mercedes Carranza, Fernando Charry Lara, Eduardo Cote Lamus, entre otros, los ilustran con largueza acerca de los papeles de la poesía en los asuntos de la vida de los hombres y, por supuesto, en asuntos de la violencia que, a veces más, a veces menos, forman parte de los itinerarios de la especie humana por el mundo. También de allí, de la indagación por ese vasto panorama, logran colegir cosas nuevas para su vida de empleados, pero también de ciudadanos, tal como apunta alguien: "Los poemas logran que asistamos a nuestra historia de violencia desde una perspectiva amorosa". Y: "Estoy viviendo una experiencia insólita que me deja un sentimiento de inquietud", es una de las expresiones al final de la practica en la que conjugaron voz, poesía y "puesta en escena" en torno de la llama y su "capacidad productora de imágenes" bajo la creativa obra de Gastón Bachelard: *La llama de una vela*.

El taller de la llama es, pues, un libro atípico. Es el producto de una actitud igualmente sui géneris en el complejo entramado de las burocráticas tareas que competen al Estado en busca del bienestar social, de la justicia, de la compensación moral y económica a las víctimas del despojo, del crimen y del destierro sin fin. Una actitud que, como la de Gustavo Adolfo Garcés, convoca a la creación y a la presencia de espíritus desprovistos de la común disposición a la soberbia y la indolencia, cuando no decididamente a la complicidad y el silencio. "Los participantes fueron servidores públicos de diversas entidades estatales y de muy distinto nivel. También veedores, defensores de derechos humanos, miembros de acciones comunales y de ONG, presos, estudiantes y profesores de colegios y universidades [...] Nunca estuvimos al margen del contexto socio-político: desde la poesía —es decir, desde el conocimiento, la ética y la estética— leímos el país [...]", dice el poeta en un comentario final.

Qué interesante y qué útil sería propagar estas experiencias en tantas instancias del Estado que, al contrario de cumplir la misión para la cual fueron creadas, al menos teóricamente, han ganado un inmenso desprestigio y, por lo tanto, una gran animadversión por parte de buena parte de la ciudadanía. De ser sinceras, y no mero protocolo, las palabras de presentación del Procurador General en este libro, y de ir acompañadas por una real voluntad de cambios sustanciales en una entidad como esa, asistiríamos probablemente al milagro de encontrar funcionarios dispuestos, sensibles y comprensivos de las dificultades de la gente. Quizá suene a una grande tontería, pero me atrevo a pensar que, tras aquella utopía, podríamos acercarnos a verdaderos estados de justicia.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

La palabra desnuda de la poesía

La patria boba
Juan Gustavo Cobo Borda
Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2008, 213 págs.

Es probable que la obra poética completa de Juan Gustavo Cobo Borda (Bogotá, 1948) sea apenas un poco más de cien poemas, contenidos en seis o siete títulos que comenzaron en 1974 con *Consejos para sobrevivir* y que terminan, hasta ahora, en 2001, con *La musa inclemente*. Pero es absolutamente difícil decir con precisión cuáles son sus libros reales, dado que este autor se entretiene inventando libros, es decir, dándole nuevos nombres a reuniones de poemas conocidos. Le divierte la idea, sin duda, de que un escritor es autor de un solo libro al que le va haciendo variaciones a lo largo de su vida. Esta, que es una idea relativamente cierta, para Cobo Borda es verdad sin discusión.

En su último libro, *La patria boba* (el título de un poema de *Todos los poetas son santos*, otra de sus antologías), aparece como libro del 2007 *El deseo, el perpetuo deseo*, aunque no lo conozco físicamente y no figure tampoco en el recuento de su cronología, contenida en *La patria boba* de la colección Cara y Cruz de Editorial Norma (2008).

Además Cobo revisa sus propios poemas y es usual que algunos reaparezcan distintos: con nuevos versos que se agregan a los ya existentes, con nuevas palabras, con un nuevo orden en sus versos, con versos nuevos que reemplazan a unos que desaparecen. Casi otro poema bajo el mismo título del anterior. *Salón de té*, de *Ofrenda en el altar del bolero* (1981) reaparece en *El animal que duerme en cada uno* (1995) con dos nuevos largos versos finales; *La patria boba* de *El animal que duerme en cada uno* es apenas un aparte del nuevo poema bajo el mismo título de la antología *La patria boba* (2008), que ahora se compone de cinco partes en tres páginas. Los pongo de pruebas de cómo este autor, sin pudor ni explicaciones, entrega nuevos títulos con poemas que él mismo ha digerido ya de otra manera y, simplemente, los

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

reescribe. No son muchos los autores que hacen esto y, en últimas, es muy probable que sea un detalle irrelevante, curiosidades para lectores que, como el que esto escribe, no dejan de detenerse un poco en ello. O una comprobación de que los temas en literatura son limitados y que, de una u otra manera, siempre leemos de un autor nuevas versiones de temas ya vistos. El autor bogotano, grosso modo, hace lo mismo en sus ya numerosos libros de ensayo (a lo cual dedica casi toda su energía) que van de los títulos sobre novelistas, ensayistas, poetas y pintores, entre otros, hasta sus varios libros sobre la lectura, tema en el que se regodea con placidez.

En el último título de poesía, *La patria boba*, que edita Norma, aparecen, además de la nueva antología, tres textos sobre su obra: dos de Álvaro Mutis y uno del peruano Julio Ortega, además de una amplia cronología con la reseña de todos sus escritos, y los contextos histórico y cultural, en Colombia y en el mundo, en los cuales han aparecido dichos escritos. Una edición importante para los estudiosos de la obra de Cobo Borda y un evidente homenaje a un autor que, controvertido, se mantiene impertérrito en su lugar de crítico influyente en el ámbito de las letras del país y de fuera de él.

La deleznable condición de la ciudad y de sus pobres habitantes, el erotismo, la ironía política, el amor y el humor es lo que encontramos casi siempre en la poesía de Cobo Borda desde el comienzo, es decir, desde su primer libro. Todo en un tono de prosa coloquial que hace que muchos de sus textos suenen simples, como faltos de sumo literario, de lírica. Pero es ese su aire, el camino que encuentra entre los temas y su voz. El eco simple de una voz llana, pero que no carece de la ironía que hace pensar y leer dos o tres veces el poema: "Esa ciudad acurrucada en un rincón del frío, ensimismada, / y el recuerdo disolviéndose, sol hecho polvo, / en la calle donde sombras ayuntándose con sombras / engendran turbios reflejos. / Entregándose a la costumbre / rumia su ya largo pasado inexistente. / Y sobre tanto hollín / y tanta mugre centenaria / fija para siempre su contorno / seguida por la hostilidad y la ausencia [...]" (*Bogotá, D. E.*, en *Textos en el aire*).

El amor y el erotismo, puede decirse, son temas caros a su poesía, quizá donde deposita su mayor fuerza, en lo que considera, sin duda, debe ser el verdadero papel de los poetas, como de hecho lo insinúa en *Deberes del poeta*: "Comprobar el nacimiento del asombro. / Medir el ascenso de la sangre / a través de una piel / que se entibia con solo mirarla. / No tenerle miedo a la palabra ternura [...]". En *Poder*, por el contrario, el poeta advierte sobre la necesidad de estar lo más lejos posible de ese influjo, negación de la vida y del amor: "Si reniegas de él lo acrecientas. / Si murmuras a su espalda / lo inflarás con tu miedo. / Crecerá nutrido con tu bilis negra / y el rencor que a todos envenena. [...] Fuerte / gracias a lo débil que te ha hecho / —en definitiva es tu espejo— / tu alma de esclavo / lo ha erigido en dueño".

Con su lengua mordaz Cobo fustiga sin reservas la tradición y los héroes de esa tradición en la que caben, sin ser mencionados, todos los de nuevo cuño, llenos de baba y de caspa (aunque pasen cientos de años, la descripción de muchos de esos personajes —políticos, evangélicos, curas y promeseros de todos los tintes— permanecerá intacta): "País mal hecho / cuya única tradición / son los errores. / Quedan anécdotas, / chistes de café, / caspa y babas [...]" (en *Colombia es un país de leones*).

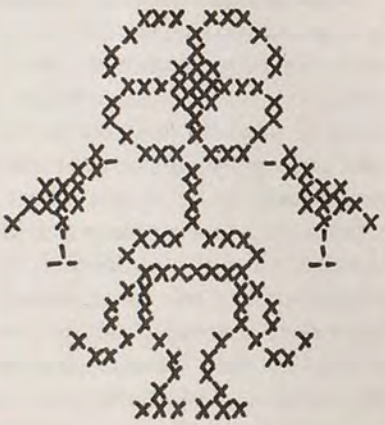
Palabra no pulimentada la de este poeta, pero eficaz en la puntería de sus temas y en la claridad de sus ideas. La alusión directa no le resta interés a su poema porque en él, en la punta de su pluma, hay veneno, hay la dureza que no hace daño a la poesía, que la hace insumisa, aunque, insisto, en el caso de Cobo Borda tampoco falta el humor, que es máscara, burla de lo establecido. El poeta se mofa de la absurda seriedad de la realidad, de su papel bufonesco inducido por las normas y las ambiciones de pacotilla.

Como los poetas de su generación (casi sin excepción), el autor de *Salón de té* se ocupa de la crítica sin reservas de la sosa rutina cotidiana y establece con ello una ruptura con parte de la poesía que le antecedió, ensimismada en las altas cumbres a instancias de una ambiciosa lírica. Aquí, por el contrario, impera el poema que nombra, casi rastreramente, las cosas. El nombre común y el uso de todos los días. "Se acaba el papel *toilette*. / La crema de afeitar. / La pasta de dientes [...] / Se caen los botones. / Se arruga la ropa [...] / Las goteras perforan la mente [...] / Se funden los bombillos [...] / El fin del mundo se instaló en casa" (*Apocalipsis*).

En el amor, en cambio, y en la expresión sin reservas de su erotismo, Cobo no ironiza. Una vez, de pronto, se duele con palabras duras del fracaso del amor: "Una vez el amor se acaba / y tanta magia / se trueca en fastidiosa servidumbre / y las palabras únicas / son ruido / para llenar vacíos. / Asoma la bobería de todo ser / y ningún esfuerzo / logra encender de nuevo / ese sol [...]". En el poema erótico su palabra se desnuda y allí entra el juego de los cuerpos con sus nombres sin reserva, sin el pudor que puede encubrir la metáfora. La memoria del amor y el

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

ímpetu del deseo afloran en el texto como el roce mismo de los cuerpos, como los gestos mismos de las manos: "Tu piel / la sabiduría de tu piel / recóndita frescura / la enfermedad de tu piel / antídoto / resurrección húmeda / las palabras de tu piel / ronca grave oscura [...] / el espejismo de tu piel / desvelada tortura / la piedad generosa / de tu piel [...] / los nervios de tu piel / hasta decir no más / hasta llenar el cuarto / invadir la ciudad / cubrir todo cuanto miro / veo / toco" (*Oración*). Es un placer la poesía erótica de este autor, el regodeo impúdico de estos textos que desvelan "el animal que duerme en cada uno". No por nada es el autor de las antologías *Lengua erótica* (2004) y *Cuerpo erótico* (2005) de Villegas Editores, imprescindibles ediciones de un tema tan malgastado y abusado.



Por otro lado, en *La patria boba*, van los homenajes a sus autores más queridos, una práctica que el escritor lleva a cabo permanentemente aquí, en sus poemas, pero también en sus ensayos, parte del ejercicio de no pocos autores de su tiempo y por el cual el lector entra en nuevos referentes (de la pintura, de la novela, de la poesía) y amplía su mundo de nuevas voces. Por aquí están Silva, Kavafis, Byron, Aurelio Arturo, Enrique Molina, Tiziano.

Un grato libro es *La patria boba*, una muy buena selección de un autor que, aunque de pocos poemas, nos da en su mundo un rico caleidoscopio por donde pasan sus amores y sus fobias, sus viajes y sus lecturas, su ciudad desportillada y su anodino país, sus héroes desastrados y sus mujeres amadas hasta el cansancio; en fin, nos da sus ojos y todos sus sentidos, y una palabra llana llena de sentido.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

Breve expedición a *Herbarium*

Herbarium
Jorge Cadavid
Edición de autor, Bogotá, 2007,
93 págs.

1

"El ingenioso deformador", que es el poeta en grado sumo, da vida poética a los seres de su herbario. En este caso, Jorge Cadavid hace su expedición a lo desconocido en su libro *Herbarium*. Si bien esta obra es un homenaje a José Celestino Mutis, si el autor reconoce articularlo desde las fuentes científicas y filosóficas alusivas a la flora, no así ocurre con su elaboración lingüística y su personal hondura poética que adquieren los textos para finalmente ofrecernos una visión originaria y por tanto novedosa de la noción arbórea. Por eso, la profunda intención que crea esta poesía requiere de un lector sutil para ver lo invisible. El naturalista contempla la caída de una hoja y anota: "Nadie sospecha que existe / un sendero invertido en el aire". Cuando el naturalista observa la azucena, la nombra por primera vez y la llama "flor del dejamiento", para luego aludir la realidad a través de la poesía: "La blancura de la azucena / deja un día de ser color / para ser sólo abismo". La lectura de *Herbarium* viene después, mucho después de haber pasado los ojos por el libro, por el poema, por el verso, el procedimiento es la lenta mutación de la hoja, del tallo, de la flor, de la luz, de la realidad prefigurada, del sentido tras otro del poema, como en *Arbolito*:

Hojas dísticas
cerradas brevísimamente
al lector
Todas las tardes
da un paso con la sombra.

El sentido de la condensación. Brevedad en Jorge Cadavid es duración, tiempo, meditación, hechizo, posibilidades para el lector, lo abierto en permanente expansión y la sorpresa, la palabra como profundidad y medida. Nos dice: lo sublime crece imperceptiblemente. Ese es el sentido del viaje en este libro.

2

Un subtítulo que hallamos para la segunda parte del libro resulta irónico: "Diario de un naturalista". El naturalista nos habla en su diario del inconsciente de los sauces, registra la ideología cosmopolita de los hongos que conforman una sociedad arbórea con una noción distinta del espacio y el tiempo. Las fabulaciones de un helecho, de una hoja, de una raíz le dan tono a la unidad poética. El naturalista ve con los sentidos, registra, copia, observa, clasifica; el poeta desclasifica y luego de haber visto con el favor de los sentidos, le queda la difícil tarea de ver en ausencia de los sentidos y hacer el viaje por el interior del jardín, de ahí su tributo a la poeta Szymborska en su poema *Jardín interior*: "[...] este viaje se torna infinito". El viaje de la poesía, el viaje del poeta que se ha hecho naturalista recorre el mapa de una hoja, el territorio de un árbol, el blanco abismo de la flor, la gran imaginación de una orquídea y crea lo que Eduardo Milán llama "la selva del lenguaje", la penumbra que transfigura la realidad figurándola de nuevo. Lo que el botánico registra para construir el inventario, el poeta lo aprovecha para deconstruirlo y reconstruirlo, darle otra vida. Lo que el naturalista colecciona lo incluye, lo que el poeta reúne lo dispersa y le da otro orden

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.